

Tan sólo unas horas después de aquella entrevista y como por arte de alquimia, me convertí en el Subjefe de Negociado adscrito a la Subsección del Servicio dependiente del Departamento de archivos y registros. Un flamante puesto que me reportaría quizá dieciséis o diecisiete euros más al mes. Y desde entonces, cuando el sol declina sobre un horizonte quebrado de grises sucios y edificios anodinos de hormigón —cómo me gusta contemplar el atardecer desde la cristalera de mi despacho— me introduzco bajo la piel de la serpiente y deslizo mis escamas en silencio por los vericuetos de esta empresa, disfrutando del tacto rugoso de los archivadores, del frío metálico de las estanterías atestadas de papeles, del mullido lecho de las sillas ergonómicas; emboscándome al calor de los monitores y de las fotocopiadoras, vigilando con mis ojos sin párpados a los empleados, siempre atento a sus debilidades, a cualquier comentario, al más leve indicio de holganza, al acecho de cualquier error ajeno al que clavar mis colmillos henchidos de veneno. A la espera de cualquier desliz que logre catapultarme al tan ansiado puesto —unos catorce euros más al mes— de Jefe de Negociado.

José Agustín Blanco Redondo

*Primer Premio en el X Concurso de Cuentos Valentina Ventura.
Excmo. Ayuntamiento de Tauste (Zaragoza), Abril de 2011*

